

# EL SEÑOR DE GRIS

Álvaro Panadero Jiménez

Image not found.

# Capítulo 1

## RELATO CORTO: EL SEÑOR DE GRIS

Verónica me habrá dejado como quince llamadas perdidas. Exagero, exagero, son demasiadas llamadas perdidas. El problema es que no estoy pendiente del móvil. No me acostumbro a ello. Mejor dicho: no me gustan. No tengo ni ordenador, ni televisor, y tampoco radio. Si quería ver una película iba al cine. Si quería escuchar música, iba a un concierto. Quiero decir, considero que el arte debe disfrutarse en compañía, rodeado de personas, es la única manera posible de percibir sensiblemente un fotograma, una canción, o un poema. Suena un poco estúpido, y tal vez hasta pretencioso, pero es lo que considero conveniente. Si vamos a un museo, es para ver arte, ¿no? Al menos esa es la idea, y cuando vamos, normalmente también hay más personas que van a ver arte. Por tanto, el disfrute del arte debe ser una actividad socio-grupal, sé que sigue sonando un tanto pretencioso, pero es lo que considero conveniente. Eso lo he pensado antes ¿no? Ya he vuelto a meterme en divagaciones rumiantes que no venían a cuento. ¿De verdad todo tiene que ir tan deprisa? ¿Es estrictamente necesario que me haya tenido que comprar una puta camisa nueva de vestir? ¿Les gustaré más a sus padres? ¿Menos? Yo qué coño sé.

Vuelvo a concentrarme en el café. Bebo un buen sorbo. Con mucho azúcar. Si pudiese evitar el blanco, es malo para la salud, entiendo que pueda sonar a chorrada, pero creo conveniente el cuidarme. El conservar mi existencia. Todo eso es conveniente. Conveniente, qué palabra, a veces creo que la empleo demasiado. En casa tiendo a echarme azúcar moreno, es lo más saludable. Alzo la mirada y veo que la cafetería está tranquila. Una cafetería de las de toda la vida, con su barra metálica, sus taburetes atemporales, el sonido de la cafetera, el aparato de aire acondicionando susurrando en la lejanía. Es decir, una cafetería auténtica, no una franquicia de esas al estilo de Starbucks. No. Ni hablar. Una vez comienza la reproducción en masa, todos pasamos a ser iguales. Perpetradores de más producciones que se traducen al final en reproducciones, de reproducciones, de fabricaciones, de más divagaciones. Bebo otro sorbo del café.

¿Siempre piensas tanto?

Me giro y veo a un señor de gris. Está sentado a mi lado, en ningún momento me había dado cuenta de que estaba ahí. Tiene un periódico a un lado de la barra, y parece que toma un café americano.

¿Perdón? – inquiero como un completo idiota.

Parece que le estás dando demasiadas vueltas a algo en ésa cabezota.- me contesta con voz áspera, densa y penetrante.

Lo miro algo incrédulo. No deja de mirarme ni un instante. No veo más allá de su figura gris. Puede tener entre cincuenta o sesenta años. No sabría aproximarlos. ¿Pero a caso la edad importa? Verónica me saca cuatro años. Mi padre le saca a mi madre casi diez años. ¿A caso entiende el amor de edades? Mierda. Ya estoy divagando de nuevo.

¿Te preocupa algo? – me pregunta de nuevo el señor de gris.

No, nada. – miento, y vuelvo a concentrarme en el café.

Estaba leyendo mi horóscopo. Dice que conoceré a alguien a quién sorprenderé gratamente.

Vaya, qué interesante. – comento sin hacerle mucho caso.

Vamos, no finjas conmigo. Sé que en el fondo no quieres darme palique. – lo comenta con tono neutro, sin inmutarse.

No pretendo ser mal educado. Pero es que no quiero hablar. Estoy algo cansado. – insisto, a ver si así se calla.

Ya estamos hablando. El horóscopo no se equivocaba. – y dicho esto da un sorbo a su café americano.

Aprecio su elegancia con disimulo. El traje a medida, la corbata, los gemelos de plata, su sombrero sobre su melena cana. Todo él gris, completamente gris. Grisáceo. Es realmente digno de ver. Vuelve a dirigirme sus ojos, también grises (como era de esperar), hacia mí, y tuerzo el gesto haciendo que consulto la hora de mi reloj.

Es tarde, ¿verdad? – me pregunta.

No, sólo son las seis.

Lo dicho. Tarde, muy tarde.

Pero si acabo de decirle que son las seis. – comento con cierta diversión, mientras termino de darle otro sorbo al café.

Noto algo clavándose en mi nuca. No quiero mirarle, sé lo que está haciendo. No me hará mirarle.

Es tarde desde hace mucho tiempo, Germán. Y lo sabes. – dice con voz

casi de ultratumba.

Arqueo las cejas sorprendido y finalmente dirijo mi mirada muy lentamente hacia él. Sus ojos grises me escrutan como espirales, cuales nebulosas que se tornan tenebrosas. ¿Qué es esto? ¿Un poema? Ahora salgo poeta.

Las palabras, sí. A través de las palabras nos entendemos. Aunque muchas veces no. Por ejemplo, ésta mañana cuando te despertaste para venir a comprar ésa camisa de vestir que Verónica te obligó porque de lo contrario creería que no estarías lo suficientemente presentable para sus adinerados padres, pensabas, más bien, divagabas; como a ti te gusta decir... Divagabas sobre el arte, sobre el estar en contacto con otras personas... la sociabilidad. La reproducción, y la materialidad de las cosas. Todo muy profundo y abstracto. Desde mi punto de vista, no es más que basura.

Pero... oiga... no sé quién coño es. Ni cómo sabe mi nombre, pero...

Una vez vi la cabeza abierta de un perro bajo las raíces de un nogal, y en la sangre pude ver tu rostro.

Me callo. Estoy absolutamente acojonado. Válgame el cielo. Está enfermo. Tengo que irme, pero por alguna extraña razón no puedo levantarme, me embelesa con su mirada. Con su grisácea corporeidad. No entiendo nada de lo que ocurre.

Te vi ahí. Iba a cortar leña, para hacer un buen fuego. Imagino que sabrás que no hay nada como el fuego para purificar. De las cenizas renacemos. No volvemos al polvo, y todas esas estupideces que sueltan los clérigos en los funerales. No. Volvemos a la vida. Constantemente. La muerte no existe, es la mayor mentira que se haya inventado jamás. El presente aunque apreciable, sólo es palpable... a medias. ¿Entiendes lo que quiero decir?

No. No entiendo absolutamente nada. – consigo contestar, pero nada de nada.

Pues claro que no, Germán. Porque eres sangre de perro, te lo acabo de recordar. Ya estabas ahí, desde hacía mucho tiempo, en aquel Labrador. Era un Labrador muy pequeño, un cachorro, se perdería por ahí, y algún degenerado, no sé, alguien que tal vez se aburría, y en vez de usar la cabeza para algo útil decidió abrísela al pobre animal. El aburrimiento sí que es causante de mortandad.

Pero... usted... usted ha dicho que la muerte no existe.

Exacto. Son hiedras venenosas que se esparcen más allá de los murales, de ruinas antiguas donde reposa la civilización. Y allí estabas tú, allí estaba tu nombre, en la sangre de aquel animal. Tú eras aquel animal, y volviste a la madre Tierra. En la tierra se halla el origen de todas las cosas, es de dónde venimos, y es a donde inevitablemente regresamos. Lo cual tiene bastante sentido, ¿no te parece, Germán?

Giro la vista hacia atrás para ver si hay más gente. Solo estamos él y yo. Yo y el señor de gris. Ni siquiera hay nadie detrás de la barra. Pero juraría que alguien me había estado atendiendo. El aparato de aire acondicionado sigue entonando su transpirable melodía. Y el silencio hace eco en las cuatro paredes de la cafetería. Finalmente el señor de gris acerca su rostro mayor de cincuenta o sesenta años al mío, con su melena plateada, su bigote y barba abundantes, bien recortados, con estilo, y me observa con curiosidad empírica.

También te vi en una bala en una ocasión. Saliste disparado y atravesaste el cráneo de una monja. Eso fue en el pasado, pero ahora todavía estás allí. Una parte de ti continúa en el cráneo de aquella monja.

¿Soy de plomo? – consigo inquirir, mientras disimulo el castaño de dientes por la tensión.

Eres sangre. Y eres plomo. Y ahora eres carne. Maravilloso, ¿no te parece?

Tengo que levantarme. Largarme de aquí. Desaparecer. Esto no puede seguir así.

¿Quieres que esto termine?

Sí. No. No lo sé.

¿Dónde crees que estamos ahora, Germán?

En una cafetería de un centro comercial.

Error. Tú, Germán-carne, estás ahora en la cafetería de un centro comercial. Germán-sangre todavía está volviendo a ser abono para la tierra espesa de aquel bosque. Y Germán-plomo permanece incrustado en el cadáver de aquella monja.

¿Qué eres?

Un hombre.

¿Y a qué te dedicas? – pregunto nervioso, acojonado, y ya puestos,

fervoroso.

¿Cómo que a qué me dedico?

Y tras preguntar esto vuelve a beber otro sorbo de su café americano. Coge una servilleta de papel de un pequeño servilletero, y se limpia los labios arrugados. No entiendo absolutamente nada. De pronto se pone a ojear el periódico, ignorándome.

Antes ha dicho que estaba cortando leña... ¿Es eso? ¿Leñador?

La leña es para el fuego. El fuego purifica. Ya te lo he dicho antes, Germán. Mira qué interesante... Orca gigante aplasta un puerto entero y mata a seis personas. Es una mentira deliciosa, ¿puedes apreciar sus matices?

Pero... ¿De qué está hablando? Si lo pone en el periódico será porque es verdad.

No. No es verdad. La muerte no existe, es una mentira. También te lo he dicho antes.

¿A qué se dedica? Todavía no me ha contestado... - intento imponerme, sacar al gallo que llevo dentro. Pero me sale un pollito asustado.

Dobla el periódico, y se vuelve lentamente hacia mí, sin dejar de mirarme fijamente. Tiene la cabeza alta, como tensa, en cualquier momento parece que le va a estallar. No parpadea absolutamente nada.

Se me ha olvidado.

¿En serio? – inquiero desprevenido.

Se me ha olvidado por completo. ¿No oyes golpes a lo lejos, Germán? Podrían estar muy cerca.

¿Quiénes?

Los años. Los años se presentan sin previo aviso, y cuando te quieres dar cuenta estás medio calvo, enjuto, y aprisionado por la vejez. Pero descuida, no mueres. La muerte es mentira. Tan sólo te preparas para renacer. Si no, fíjate en mí. Yo he renacido tantas veces, y de formas tan distintas. Una vez fui un hongo en la corteza negra de un árbol. No es una existencia larga. Pero pude experimentar otras formas. En 1945, durante la Segunda Guerra Mundial, fui esputo de un soldado alemán que había contraído la tuberculosis. Ascendí de lo más hondo de sus alveolos pulmonares, putrefactos, y corrompidos. Dicen que murieron muchas personas, pero no es verdad, todo ha dimanado de nuevo a la esencia de

las cosas. Si coges un cuadro y le pasas un trapo por encima, no lo haces desaparecer, sencillamente cambia de forma. Vuelven a ser colores primarios... ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Está hablando de... resurrección... No, espere, de reencarnación.

No me gusta tu tono, Germán. ¿Insinúas que estoy loco?

Se hace el silencio de nuevo. El encantador e impresentable invitado: el silencio. Pero sale el tema. El puto tema. No quería hacer gala de ello, y mucho menos mencionarlo. Lo que me estaba pareciendo hasta hacía una media hora, o tal vez menos, lo que me parecía un soberbio pelmazo, ahora me resultaba intrigante. Tenía el culo prieto al taburete, y no podrían haberme arrancado de él ni tirando de mí.

No, no, no. Para nada.

Mucha gente me ha dicho que lo estoy.

¿Qué gente?

Gente con la que he hablado recientemente. Pero los únicos locos son ellos, quiero decir, ¿quién quiere una vida así? Tú no vales las camisetas que gastas, ni los pantalones que te lavas, ni tampoco el dinero que llevas en la cartera, y mucho menos tú cara de pasmarote, ¿piensas que eso tendrá alguna clase de relevancia? ¿Lo que piensas? ¿Lo que tocas? ¿Lo que creas? No, son tan sólo retazos de inexistencia, son maleables como el cobre, puedes componer pequeñas piezas con ellos, algo bello, algo que tenga una coherencia dentro de la inmutabilidad que supone respirar frente al mar a las ocho de la tarde.

¿Cómo? No, no lo entiendo. Creo... creo que me he perdido, discúlpeme.

A través de las cuencas de los ojos de un esqueleto, observé como salían lombrices que se habían arrastrado a través de sus órganos marchitos, ahora tan sólo articulados en detritos. Observé aquel rostro durante un momento, y me quedé admirándolo. Luego di un brinco y me propuse con un mazo destrozar aquellos huesos, hasta convertirlos en polvo, quería aspirarlo, sentir qué se veía a través de aquella transición fútil, etérea, funesta, hermosa.

No sé qué decir, él se ha quedado mirando a un punto fijo con sus espirales grises. Me tiene completamente absorto. Trato de echar un ojo disimuladamente a mi móvil. Ve que lo cojo, me lo agarra de improviso el tío, y me lo estrella contra el suelo, oigo crujir los ciento y pico euros made in Japan. Me agarra por la chaqueta con fuerza y me atraviesa con

su mirada grisácea. Niebla, no hay nada más que niebla.

Germán...

¿Qué? – consigo preguntar con los cojones de corbata.

¿Qué opinas del café americano?

¿Cómo?

Es amargo. Negro. Como la noche. El aroma se queda dentro de nosotros, pasamos a ser uno con la fragancia de la cafeína, que instantáneamente pasa a estallar en distintas ramificaciones de células, más pequeñas, y más pequeñas. Está en nuestro organismo, y nos impide dormir. Es decir, prolonga la existencia a la larga.

Pero... usted dice que... la muerte no existe... que todo es un continuo renacer.

¿Qué hora es? – pregunta con voz profunda y de ultratumba de nuevo.

Creo que eran... las seis y media.

Al menos eso es lo que ponía en mi móvil hace unos segundos antes de que me lo destrozaras contra el suelo. Me suelta de la chaqueta, y me la palpo; no se ha arrugado absolutamente nada. Absolutamente petrificado y absorto. Ahora tiene una navaja de afeitar entre sus manos, la abre y me observa con cierta preocupación.

Ha pasado algo terrible, Germán...

¿El qué?

El tiempo es relativo.

Bueno... sí, podría decirse que sí.

No, Germán. El tiempo es relativo. No lo olvides nunca.

Está bien. No lo olvidaré.

Perfecto. Y ahora... ¿podrías contarme algo que no sepa?

¿Algo que no sepa? ¿Como qué?

Algo que no tenga que ver con la cena de los padres de Verónica. Que no tenga que ver con aquella vez cuando te caíste de pequeño jugando al fútbol, y te llenaste la cara de barro, comiste césped, y todos tus



compañeros se rieron de ti. Tenías nueve años. Tampoco quiero saber nada acerca de tus experiencias sexuales. Es como si las tuviese todas a la vez ahora mismo, delante de mis ojos. Puedo apreciar cada gesto, cada beso, cada torpe caricia que realizabas. Eres un amante realmente pésimo. Quiero que me cuentes algo que desconozca. No tiene porque ser algo profundo, no tiene porque ser algo personal, no tiene porque ser algo importante que te haya sucedido. Porque todo lo importante que te haya podido suceder, ya lo sé. Germán-carne, cuéntame algo que no sepa de ti.

Pero... es que no sé el qué quieres que te cuente... Además... ¿Por qué debería hacerlo?

No puedo intervenir en el transcurso de los acontecimientos, pero tú si puedes, Germán. No quiero volver a hacerte renacer, todavía es pronto para ti, tienes derecho a disfrutar de ésta nueva forma. Vamos, aprovéchala. Cuéntame algo que no sepa.

Veo como mantiene la navaja en ristre. Parece que habla muy en serio. Veo en la navaja un brillo resplandeciente, cristalino, que se refleja a toda su persona. Se me antoja como un espectro blanco, pulcro, intacto, esperando a atemorizar a algún pobre desdichado. Ay de mí, por qué pensaré esto. Yo soy ése desdichado. Siento el filo de la navaja cada vez más cerca de mí, y lo peor es que no puedo moverme, mis venas están repletas de terror. Cada una de mis extremidades paralizadas de estupefacción. Siento que voy a vomitar los cojones, pero consigo hablar en quinta, con la mente a más del límite establecido, y sin dejar de pisar el acelerador:

El petirrojo es un ave de mal agüero como otra cualquiera. El batir de sus alas provoca una desgracia en cualquier punto del planeta. En una ocasión, un huracán arrasó toda una villa al sur de Extremadura. Pero nadie pereció, y el petirrojo no volvió a pasar jamás por allí. Dicen que en el momento en que se posa en la rama de un árbol, el sol vuelve a salir, las temperaturas se tornan agradables, y no llueve ni un ápice. Dentro del descontrol de las desgracias, hay cierto orden impuesto por el plumaje del petirrojo, que aunque pequeño y minúsculo, dicen que es un ave capaz de detectar, o de guiar éste tipo de sucesos.

El señor de gris me mira con cierta incredulidad a través de sus nebulosas en espiral. Deja la navaja sobre la mesa un instante, coge su taza de café y termina de beberse. A continuación, se dirige a mí, me esboza una media sonrisa entre pícara y sagaz. Le continúo observando como él me ha definido: como un pasmarote.

A veces es tan, tan, tan difícil... ¿Verdad? Somos seres en constante

proceso de frustración divergente.

No sé qué contestar a eso. Él continúa observándome con su sonrisa. De pronto, se pone de pie, cuán largo pensaba que no era, y coge de nuevo la navaja. La alza con aire amenazador. Yo levanto los brazos con temor.

El espectáculo debe continuar. – expresa con diversión.

Le miro a través de mis brazos cruzados, esperando que sea rápido, preciso, y letal. Me hace un saludo con el sombrero, guiña un ojo, y a continuación se rebana el pescuezo. Veo salir sangre de su cuello que me salpica en la cara, es fresca, también sale un liquidillo negro, que no entiendo a qué se debe. Sigo el recorrido de ése liquidillo negro que se mezcla con la sangre, es muy poca cantidad. Levanto la vista hacia él, sigue ahí de pie tiñéndose de señor de rojo. Sigue sonriendo sin parar. Recupero la movilidad, agarro la bolsa con la camisa, y salgo corriendo sin mirar atrás.